

# MICHAEL CRICHTON



ACOSO

Tom Sanders, alto cargo de una poderosa empresa de informática de Seattle, sufre un lascivo y descarado asedio por parte de Meredith Johnson, la nueva directiva, una mujer sensual y de extraña belleza.

Tom intuye que bajo la agresividad sexual de Meredith se oculta un secreto inconfesable y promueve una investigación que a la postre pondrá al descubierto las verdaderas motivaciones de la mujer, así como una sórdida trama urdida en detrimento de la empresa...

Basada en un hecho real, esta vigorosa novela describe crudamente las relaciones personales en el despiadado mundo empresarial y las actitudes de quienes, valiéndose de sus cuerpos y sus atractivos, buscan el poder y la riqueza a cualquier precio.

Se considerará práctica ilegal por parte de un empresario:

1. negarse a contratar o despedir a un individuo, o discriminarlo respecto de su remuneración, plazos, condiciones o privilegios de contratación, a causa de su raza, color, religión, sexo o nacionalidad; así como
2. limitar, segregar o clasificar a sus empleados o aspirantes a empleo de una forma que prive o tienda a privar a cualquier individuo de oportunidades de empleo, o bien perjudicar a un empleado debido a su raza, color, religión, sexo o nacionalidad.

TÍTULO VII, ACTA DE LOS DERECHOS CIVILES,  
1964

El poder no es ni masculino ni femenino.

KATHARINE GRAHAM

# Lunes

DE: DC/M  
ARTHUR KAHN  
TWINKLE/KUALA LUMPUR/MALASIA

A: DC/S  
TOM SANDERS  
SEATTLE (DOMICILIO PARTICULAR)

TOM:  
A CAUSA DE LA FUSIÓN ME PARECIÓ CONVENIENTE MANDARTE ESTE FAX A CASA EN LUGAR DE A TU DESPACHO. PESE A TODOS NUESTROS ESFUERZOS, LAS CADENAS DE PRODUCCIÓN DE TWINKLE ESTÁN TRABAJANDO AL 29% DE SU CAPACIDAD. SEGUIMOS SIN AVERIGUAR EL ORIGEN DE LAS ANOMALÍAS DETECTADAS EN LAS UNIDADES; NO PODEMOS BAJAR DE 120-140 MILÉSIMAS DE SEGUNDO. ADEMÁS LAS PANTALLAS TODAVÍA PARPADEAN, PROBABLEMENTE DEBIDO A UN PROBLEMA EN LAS BISAGRAS, PESE A LAS MODIFICACIONES REALIZADAS LA SEMANA PASADA. CREO QUE ESTE PROBLEMA TODAVÍA NO ESTÁ SOLUCIONADO.  
¿CÓMO VA LA FUSIÓN? ¿SEREMOS RICOS Y FAMOSOS? FELICIDADES ANTICIPADAS POR TU ASCENSO.

ARTHUR

Tom Sanders no pensó que el lunes 15 de junio llegaría tarde al trabajo. A las 7.30 de la mañana se metió en la ducha de su casa de Bainbridge Island. Sabía que tenía diez minu-

tos para afeitarse, vestirse y salir de casa si quería coger el ferry de las 7.50 y llegar a la oficina a las 8.30, a tiempo de repasar los puntos pendientes con Stephanie Kaplan antes de entrar en la reunión con los abogados de Conley-White. Le esperaba un día ajetreado en el despacho, y el fax que acababa de recibir de Malasia no hacía más que empeorar las cosas.

Sanders era jefe de sección de la Digital Communications Technology de Seattle. Desde hacía una semana había mucho jaleo en la empresa porque DigiCom iba a ser adquirida por Conley-White, un grupo editorial de Nueva York. La fusión permitiría a Conley adquirir tecnología importante para la edición y la difusión de información en el futuro.

Pero las últimas noticias recibidas de Malasia no eran buenas, y Arthur había acertado enviándole aquel fax a su casa. No iba a resultarle fácil explicárselas a los de Conley-White porque ellos no...

—¿Tom? ¿Dónde estás? ¡Tom!

Susan, su mujer, le llamaba desde el dormitorio. Tom apartó la cabeza del chorro de la ducha.

—¡Estoy en el baño! ¿Qué quieres?

Ella contestó algo, pero Tom no la oyó. Salió de la ducha y cogió una toalla.

—¿Qué dices?

—Que si puedes dar el desayuno a los niños.

Su mujer, que era abogada, trabajaba cuatro días a la semana en un bufete del centro de la ciudad. Los lunes no iba a trabajar para pasar más tiempo con los niños, pero la rutina doméstica se le escapaba de las manos. En consecuencia, los lunes por la mañana solía haber crisis en la casa.

—Tom, ¿puedes darles el desayuno?

—No puedo, Sue. —El reloj del cuarto de baño marcaba las 7.34—. Llego tarde.

Abrió el grifo del lavabo para afeitarse y se enjabonó la cara. Era un hombre bastante guapo y atlético. Se tocó el cardenal que tenía en el costado, producto del partido de fútbol americano del sábado. Mark Lewyn le había hecho un placaje; Lewyn era rápido pero torpe. Y Sanders se estaba haciendo mayor para jugar a fútbol americano. Conservaba una buena figura, y sólo pesaba dos kilos más que cuando iba a la universidad, pero al pasarse la mano por el cabello húmedo vio algunas canas. Le había llegado el momento de reconocer sus limitaciones y pasarse al tenis.

Susan entró en el cuarto de baño, todavía con la bata puesta. Su mujer siempre estaba guapa por la mañana, recién salida de la cama. Tenía ese tipo de belleza que no requiere maquillaje.

—¿Seguro que no puedes darles el desayuno? —insistió—. Bonito cardenal. Muy macho. —Le dio un beso y puso una cafetera recién hecha en la mesita—. Tengo que llevar a Matthew al pediatra a las ocho y cuarto, y ninguno de los dos ha comido nada todavía. Y yo aún tengo que vestirme. ¿No puedes darles el desayuno, por favor? Te lo pido por favor. —Se tocó el cabello, provocativa, y la bata se le abrió. Sin cubrirse, sonrió y añadió—: Te deberé una...

—No puedo, Susan. —La besó en la frente—. Tengo una reunión y no puedo llegar tarde.

Susan aspiró.

—Está bien. —Y salió fingiendo pucheros.

Sanders empezó a afeitarse.

Poco después oyó a su mujer: «¡Vamos, niños! Ponte los zapatos, Eliza...». Eliza, de cuatro años, empezó a gimotear. No le gustaba llevar zapatos. Cuando estaba a punto de terminar el afeitado, Sanders oyó: «¡Eliza, ponte los zapatos y llévate a tu hermano abajo ahora mismo!». Eliza dijo algo ininteligible, y Susan insistió: «¡Eliza Ann, estoy hablando contigo!». Luego Susan empezó a cerrar cajones del armario de la ropa blanca. Los niños se echaron a llorar.

Eliza, que era muy sensible, entró en el cuarto de baño con lágrimas en los ojos.

—Papi... —sollozó.

Sanders la abrazó con una mano mientras seguía afeitándose con la otra.

—¡Ya tiene edad para ayudar un poco! —gritó Susan desde el pasillo.

—Mami... —gimió Eliza, agarrada a la pierna de Sanders.

—¡Eliza, *basta ya!*

Eliza lloró con más fuerza. Susan, en el pasillo, golpeó el suelo con el pie.

Sanders no soportaba ver llorar a su hija.

—Está bien, Sue, ya les doy el desayuno. —Cerró el grifo y cogió a su hija en brazos—. Vamos, Lize —dijo, enjugándole las lágrimas—. A desayunar.

Salió al pasillo.

Susan suspiró, aliviada, y dijo:

—Sólo necesito diez minutos. Consuelo se está retrasando otra vez. No sé qué demonios le pasa.

Sanders no contestó. Su hijo Matt, de nueve meses, estaba sentado en medio del pasillo agitando su sonajero y llorando. Sanders lo cogió con el otro brazo.

—Vamos, niños. A comer.

Al coger a Matt, la toalla que llevaba alrededor de la cintura resbaló al suelo.

Eliza se echó a reír:

—Se te ve el pene, papi. —Empezó a agitar el pie, golpeándole el miembro a su padre.

—Eso no se hace —la reprendió Sanders. Se inclinó para recuperar la toalla, se la volvió a atar a la cintura y siguió su camino.

Susan le gritó:

—No olvides poner vitaminas en la papilla de Matt. Una cucharada. Y no le des la de arroz, porque la vomita. Ahora

le gusta la de trigo. —Se metió en el cuarto de baño y cerró de un portazo.

Eliza miró a su padre, muy seria:

—¿Hoy es uno de esos días, papi?

—Me temo que sí.

Bajó la escalera mientras pensaba que perdería el ferry y que llegaría tarde a la primera reunión del día. No muy tarde, sólo unos minutos, pero eso significaba que no tendría ocasión de repasar el orden del día con Stephanie; aunque podía llamarla desde el trasbordador, y entonces...

—¿Yo tengo pene, papá?

—No, Lize.

—¿Por qué?

—Porque las niñas no lo tienen, cariño.

—Los niños tienen pene y las niñas tienen vagina —dijo con solemnidad.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Sentó a su hija en una silla de la cocina, acercó la silla del niño a la mesa y colocó en ella a Matt—. ¿Qué quieres desayunar, Lize? ¿Krispies o Chex?

—Chex.

Matt empezó a golpear su silla con la cuchara. Sanders cogió el paquete de Chex y un cuenco del armario, y luego el paquete de cereales y un cuenco más pequeño para Matt. Abrió la nevera para coger la leche. Eliza, que no le quitaba los ojos de encima, dijo:

—Papi...

—¿Qué?

—Yo quiero que mamá sea feliz.

—Yo también, cariño.

Preparó la papilla para Matt y la dejó delante del niño. Luego puso el cuenco de Eliza en la mesa y lo llenó de Chex. La miró:

—¿Así está bien?

—Sí —contestó la niña.

A continuación añadió la leche.

—¡No! —gritó su hija, rompiendo a llorar de nuevo—. ¡La leche quería ponerla yo!

—Lo siento, Lize...

—Sácala. Saca la leche. —Estaba completamente histérica.

—Lo siento mucho, Lize, pero ahora...

—¡La leche quería ponerla yo! —Bajó de la silla y se echó al suelo, pataleando—. ¡Sácala! ¡Saca la leche!

Su hija hacía cosas así varias veces al día. A Sanders le habían asegurado que no era más que una fase. Aconsejaban a los padres que actuaran con firmeza.

—Lo siento —insistió Sanders—. Tendrás que comértelo, Lize. —Se sentó junto a Matt para darle la papilla. El niño metió la mano en el cuenco y luego se restregó los ojos. Se echó a llorar.

Sanders cogió una servilleta para limpiarle la cara. El reloj de la cocina marcaba las ocho menos cinco. Pensó que sería mejor llamar al despacho y avisar que iba a llegar tarde. Pero primero tendría que tranquilizar a Eliza: la niña seguía en el suelo, pataleando y gritando.

—Está bien, Eliza, no te preocupes. —Cogió otro cuenco, puso más cereales y le dio a Eliza el cartón de leche para que se sirviera ella sola—. Ten.

Eliza se cruzó de brazos:

—No quiero.

—Eliza, ponte la leche *ahora mismo*.

Su hija se levantó y se sentó en la silla:

—Bueno.

Sanders se sentó, le limpió la cara a Matt y empezó a darle la papilla. El niño dejó de llorar instantáneamente y se puso a comer con avidez. El pobre tenía hambre. Eliza se puso de pie en la silla, levantó el cartón de leche y la derramó en la mesa.

—¡Oh! —exclamó.

—No importa —dijo Sanders. Con una mano limpió la mesa con la servilleta, mientras con la otra continuaba dando de comer a Matt.

Eliza cogió el paquete de cereales y se quedó contemplando el dibujo de *Goofy*, y empezó a comer. A su lado, Matt comía a buen ritmo. Por un momento hubo tranquilidad en la cocina.

Sanders miró por encima del hombro: eran casi las ocho. Tenía que llamar a la oficina. En ese momento entró Susan, con tejanos y un suéter beige. Parecía más tranquila.

—Lo siento. Gracias por echarme una mano. —Besó a su marido en la mejilla.

—¿Eres feliz, mami? —preguntó Eliza.

—Claro que sí, cariño. —Susan sonrió a su hija, y luego miró a Tom—. Déjalo, ya me ocupo yo. No quiero que llegues tarde. Hoy es el gran día, ¿no? ¿Crees que anunciarán tu ascenso?

—Eso espero.

—Llámame en cuanto sepas algo.

—Lo haré.

Sanders se levantó, se anudó la toalla a la cintura y subió a vestirse. A aquella hora siempre había mucho tráfico. Si quería coger el ferry tenía que darse prisa.

Aparcó en su sitio, detrás de la gasolinera de Ricky, y se dirigió rápidamente hacia el ferry por la acera cubierta. Subió a bordo momentos antes de que retiraran la rampa. Sintió el rugido de los motores bajo sus pies, y salió a la cubierta principal.

—Hola, Tom.

Sanders se volvió. Dave Benedict subía detrás de él. Benedict era un abogado de un bufete que se encargaba de varias compañías de alta tecnología.

—Veo que tú también has perdido el de las ocho menos diez —comentó Benedict.

—Sí. Ha sido una mañana de locos.

—No me hables. Tenía que estar en la oficina hace una hora. Pero como se ha acabado el colegio, Jenny no sabe qué hacer con los niños hasta que se van al campamento.

—Ya.

—Mi casa parece un manicomio —añadió Benedict, meneando la cabeza.

Hubo una pausa. Sanders tenía la impresión de que Benedict y él habían tenido una mañana parecida, pero no hablaron más de aquel tema. Sanders solía preguntarse por qué las mujeres hablaban de los detalles más íntimos de su matrimonio con sus amigas, mientras los hombres guardaban un discreto silencio con sus amigos.

—En fin —dijo Benedict—. ¿Cómo está Susan?

—Muy bien.

Benedict sonrió.

—Entonces, ¿por qué cojeas?

—El sábado pasado jugué a fútbol americano con mis compañeros de trabajo. Nos pasamos un poco.

—Eso te ocurre por jugar con niños —dijo Benedict. DigiCom era famosa por la juventud de sus empleados.

—Oye —objetó Sanders—, yo marqué.

—¿Ah, sí?

—Sí señor. Hice un *touchdown* ganador. Crucé la línea a toda mecha. Y entonces me dieron.

Se pusieron en la cola de la cafetería de la cubierta principal.

—En realidad imaginaba que hoy llegarías al trabajo pronto y radiante —continuó Benedict—. ¿No es hoy el gran día?

Sanders cogió su café y le echó azúcar.

—¿A qué te refieres?

—¿No tenían que anunciar la fusión?

—¿Qué fusión? —disimuló Sanders. La fusión era secreta; sólo unos cuantos ejecutivos de DigiCom estaban al corriente de ella. Miró a Benedict.

—Venga, hombre —dijo el abogado—. Tengo entendido que ya estaba decidido. Y que hoy Bob Garvin iba a anunciar la reestructuración y unos cuantos ascensos. —Benedict bebió un poco de café—. Garvin se retira, ¿no?

Sanders se encogió de hombros y dijo:

—Ya veremos. —Benedict se estaba aprovechando de él, pero Susan trabajaba mucho con los abogados del bufete de Benedict; Sanders no podía ser grosero con él. Eso de que todo el mundo tuviera una esposa que trabajaba era una de las nuevas complicaciones de las relaciones de negocios.

Salieron a la cubierta y se quedaron de pie junto a la barandilla de babor, viendo pasar las casas de Bainbridge Island. Sanders señaló la casa de Wing Point, que durante muchos años había sido la residencia de verano de Warren Magnuson, cuando era senador.

—Me han dicho que han vuelto a venderla —dijo Sanders.

—¿Ah, sí? ¿Y quién la ha comprado?

—Algún gilipollas de California.

Bainbridge se deslizaba hacia la popa. Sanders y Benedict observaban las oscuras aguas del Sound. Los cafés despedían vapor a la luz de la mañana.

—¿Así que tú crees que Garvin no lo va a dejar? —insistió Benedict.

—Nadie lo sabe —contestó Sanders—. Bob levantó la empresa de la nada, hace quince años. Cuando empezó, vendía módems fabricados en Corea. Cuando nadie sabía lo que era un modem. Ahora la empresa tiene tres edificios en el centro y grandes instalaciones en California, Texas, Irlanda y Malasia. Fabrica módems de fax del tamaño de una moneda, comercializa software de fax y de *e-mail*, se ha metido en CD-ROM, y ha desarrollado unas fórmulas de patente que podrían convertirla en el proveedor más importante de los mercados de educación del siglo veintiuno.

Bob ha luchado mucho para llegar a donde está. No sé si podrá dejarlo.

—¿No lo exigen los términos de la fusión?

Sanders sonrió.

—Si sabes algo de una fusión, Dave, cuéntamelo —dijo—. Porque yo no he oído nada de eso.

La verdad era que Sanders no conocía los términos de la inminente fusión. Su trabajo consistía en desarrollar reproductores de CD-ROM y bases de datos electrónicas. Aunque aquellas áreas eran vitales para el futuro de la empresa —constituían el principal motivo de que Conley-White quisiera adquirir DigiCom—, básicamente eran áreas técnicas. Y básicamente Sanders era un director técnico. No tenía información de las decisiones tomadas en los más altos niveles.

Para Sanders aquello encerraba cierta ironía. Años atrás, cuando estaba destinado en California, había intervenido directamente en las decisiones de gestión. Pero desde su llegada a Seattle, hacía ocho años, estaba más apartado de los centros de poder.

Benedict bebió un sorbo de café.

—Bueno, a mí me han dicho que Bob se retira, y que va a poner a una mujer como presidenta.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ya tiene a una mujer como directora financiera, ¿no?

—Sí, claro. Desde hace mucho tiempo. —Stephanie Kaplan era la directora financiera de DigiCom, pero no parecía probable que llegara a dirigir la empresa. Garvin no tenía especial predilección por ella.

—Bueno —prosiguió Benedict—, según los rumores que he oído, va a nombrar a una mujer para que lo sustituya dentro de cinco años.

—¿Dicen algo de mí los rumores?

Benedict meneó la cabeza.

—Pensé que tú lo sabrías. Al fin y al cabo, es tu empresa.

En la cubierta, a la luz del sol, sacó su teléfono portátil y marcó el número de su oficina. Cindy, su secretaria, contestó:

—Despacho de Mr. Sanders.

—Hola, soy yo.

—Hola, Tom. ¿Estás en el ferry?

—Sí. Llegaré poco antes de las nueve.

—Está bien; se lo diré. —Hizo una pausa, y Sanders tuvo la impresión de que su secretaria estaba eligiendo con cuidado sus palabras—. Esta mañana hay mucho jaleo. Mr. Garvin ha estado aquí; te estaba buscando.

Sanders frunció el ceño.

—¿A mí?

—Sí. —Otra pausa—. Le ha sorprendido un poco que no hubieras llegado.

—¿Te ha dicho qué quería?

—No, pero está entrando en todos los despachos de la planta, uno tras otro, hablando con todos. Algo pasa, Tom.

—¿Sabes de qué se trata?

—Nadie quiere decirme nada.

—¿Y Stephanie?

—Te ha llamado. Le dije que todavía no habías llegado.

—¿Algo más?

—Arthur Kahn ha llamado desde Kuala Lumpur para preguntar si habías recibido su fax.

—Sí, lo he recibido. Ya le llamaré. ¿Algo más?

—No, nada más, Tom.

—Gracias, Cindy. —Pulsó el botón END.

Benedict, que estaba de pie detrás de Sanders, señaló el teléfono:

—Estos cacharros son increíbles. Cada vez son más pequeños, ¿verdad? ¿Este lo fabricáis vosotros?

Sanders asintió con la cabeza.

—No sé qué haría sin él. Sobre todo ahora. Es imposible recordar todos los números. Esto es más que un teléfono: es mi agenda. Mira. —Empezó a enseñarle sus funciones—. Tiene una memoria de doscientos números. Los archivos con las tres primeras letras del nombre. —Marcó KAH para acceder al número internacional de Arthur Kahn, en Malasia. Después pulsó SEND y oyó una larga secuencia de pitidos electrónicos. Con todos los prefijos, eran trece pitidos.

—Madre mía —exclamó Benedict—. ¿Adónde llamas? ¿A Marte?

—Más o menos. A Malasia. Tenemos una fábrica allí.

Las actividades de DigiCom en Malasia se habían iniciado hacía tan sólo un año; allí se fabricaban los nuevos reproductores CD-ROM, unos aparatos parecidos a un reproductor de discos compactos, pero para ordenadores. Había acuerdo unánime en que pronto toda la información sería digital, y gran parte de ella se iba a almacenar en esos discos compactos. Programas de ordenador, bases de datos, incluso libros y revistas; todo iba a fabricarse en disco.

La razón por la que no había ocurrido todavía era que los CD-ROM eran bastante lentos. Los usuarios se veían obligados a esperar ante pantallas en blanco mientras las unidades emitían zumbidos y pitidos. Y a los usuarios de ordenadores no les gustaba esperar. En una industria donde las velocidades se doblaban cada dieciocho meses, los CD-ROM apenas habían mejorado en los últimos cinco años. La nueva tecnología de DigiCom estaba intentando resolver ese problema con una nueva generación de unidades llamadas Twinkle, dos veces más rápidas que las más rápidas del mundo. El Twinkle tenía la forma de un pequeño ordenador multimedia, con su propia pantalla. Podías llevarlo en la mano y utilizarlo en el autobús o en el tren. Pero ahora la fábrica de Malasia tenía problemas para producir esas nuevas unidades.